

EL DON AGRIDULCE DE LOS HIJOS ANORMALES

Carta de un padre a su hijo anormal

Querido Chuy:

Si te dijera que esta carta es de tu papá, te reirías; y si te digo que te quiero, sonreirías. Pero nunca lo comprenderás, pues eres una de esas criaturas escogidas de Dios que siempre seguirán siendo niños.

Esta carta es para ti, pero la escribo para muchos otros; para otros niños como tú y especialmente para sus papás. Tal vez en mis palabras a ti, alguien captará la maravilla del don agridulce de los hijos anormales.

Naciste por la nochecita y pedí verte. ¡Eras un pedacito tan contrahecho de humanidad! Tus pies estaban como bolos y tu color era un extraño azul grisáceo.

El doctor te examinó al día siguiente. El diagnóstico no fue favorable: Síndrome de Hürler creo que lo llamaron. Una combinación de lesión en el cerebro, malformación del corazón, falta de desarrollo óseo y pies ahusados.

“Tal vez – dijo el especialista – nunca pueda levantarse de la cama en toda su vida”.

Se lo dije a tu madre aquel día, con cuidado, tratando de aminorar el golpe, pero diciéndole lo suficiente, y ella, santamente me respondió: “Pedimos un hijo, no un hijo perfecto”.

Y así te quisimos, te quisimos de todo corazón. Eras el hijo que Dios nos había dado. Eras nuestro hijo y te queríamos para siempre.

Llegaste a caminar y a jugar, a reír y aún a hablar un poquito. Te quedaste como un niño que nunca crecería, pero te convertiste en un niño feliz.

No podíamos educarte como los padres educan a un niño normal. No podíamos enseñarte a leer o a hacer cuentas de aritmética, pero sí podíamos enseñarte a querer, queriéndote.

Recuerdo a uno de tus compañeros en la escuela especial a donde te llevamos. Parecía aturdido por la vida, temeroso y titubeante, y me quedé pensando en esto y un día le pregunté a tu maestra y ella me dijo que observara al papá de tu condiscípulo y vi que en el rostro del papá había tristeza. No sonreía a su hijito. Puedo comprender lo que pasaba por el corazón de aquel padre, Chuy, pero qué cosa tan terrible es el no sonreír.

Nosotros nunca hemos dejado de sonreírte, Chuy. Nos reíamos contigo y te enseñábamos a reír. No fue fácil; algunas veces lo hacíamos casi a punto de llorar, pero si no podíamos enseñarte grandes pensamientos, podíamos enseñarte a reír y a sonreír. Esto sí podíamos dártelo y así lo hicimos.

Y te enseñamos a amar a Dios. Yo no sé cual sea tu concepto de Dios, Chuy, pero sí sé que tú rezas. Sí, aprendiste a amar a Dios y a decir el nombre de Jesús, y hay muchos que tienen una mente privilegiada y no han aprendido tanto, Chuy.

Y cuando Dios se llevó a tu mamá, lloraste un poco y después te limpiaste las lágrimas y dijiste orgullosamente: “Mi mamita con Jesús”. ¡Ay, Chuy! No podías haber dicho algo más sabiamente, ni aunque hubieras tenido la inteligencia de un genio.

Te he hecho aparecer como un santito, cuando en realidad eres sencillamente un niño, 150% niño. Pero también eres un santo. Lo que hiciste nunca fue por malicia o por odio.

No sería justo para los padres de niños como tú que pretendiéramos dar la impresión de que tenerte por hijo ha sido todo felicidad. Tú no me has visto hacerlo, Chuy, pero algo he llorado por ti. Soy como cualquier otro padre. Me hubiera gustado que mi hijo hiciera cosas grandes en el mundo. Me hubiera gustado tener un hijo médico que sanara a los enfermos o que tal vez escribiera mejor de lo que escribe su padre o que llegara al altar como sacerdote de Dios. Soy como los demás padres, y sería algo extraño no sentir ninguna tristeza por un hijo que nunca llegará a ninguna de estas cosas.

Pero si todo es verdad, hay algo que es aún más cierto, Chuy. Primero que todo, quiero que mi hijo sea un santo en el cielo. Nunca llegarás a presidente ni estarás en la lista de hombres conocidos o ilustres; nunca alcanzarás la riqueza o la fama; pero, Chuy, ganarás el cielo. De esto puedes estar absolutamente seguro.

Tú eres el hijo que Dios me dio. Ha permitido que yo te tenga un poco de tiempo, pero Él ha conservado el título de propiedad mientras te dejaba estar conmigo un poco.

Tu papacito te quiere, Chuyito. Reza por tu papacito.